

líricos horacianos, género que cultivaron con menos amor é insistencia que el epistolar y satírico. Nos dejó, sin embargo, Luperco aquella su admirable canción á *La Esperanza*, muy latina, aunque en estancias largas, y otra de carácter no menos lírico:

«Estas sierras vecinas
De nieve están vestidas
Más que la Scitia suele estar helada....»

Bartolomé Leonardo se acordó de Francisco de la Torre al escribir las liras

«Filis, naturaleza
Pide la ostentación y los colores....»

Del Rector de Villahermosa es también una mediana oda moral

«Quien vive con prudencia,
En el bien y en el mal guarda templanza....»

D. Esteban Manuel de Villegas, en quien lucharon siempre las tendencias clásicas con el ingenio desigual, revoltoso y dado á extravagancias, acertó á veces con la lírica antigua, especialmente en la sabida oda *Al Céfito*, y en otra también *sáfico-adónica*, *Á la Paloma*, en que los pensamientos son de Anacreonte, aunque la forma es *eólica* ú horaciana. Á él se debe la perfección del *sáfico*, y el haber fijado sus acentos en cuarta y octava, regla seguida por los líricos posteriores. Entre las *Odas* del primer libro de sus *Eróticas*, haylas muy horacianas en el pen-

samiento y aun en la concisión lírica, pero afeadas siempre con rasgos de pésimo gusto. ¿Quién esperaba leer en una imitación del *Jam satis terris* estas monstruosidades:

«Cuajaba el torbellino
Sierpes de indignación en ambos senos...
Tanto que allí el Vesubio
Temió sin Pirra universal diluvio.»

En las composiciones eróticas anda más feliz Villegas. La oda

«Antes que llegues con tus años, Lida,
A la vejez cansada....»

la que comienza

«Aunque enseñada al bárbaro ruido
Del Tánais extranjero....»

imitación del *Extremum Tanaim si biberes*, la dirigida *Á Brasíldica*, y alguna más, sobrado epicúrea en el pensamiento, merecen ser leídas. La sátira *Á la mujer de Eurito* fuera también apreciable, si el imitador no hubiese ido en desenvoltura y licencia más allá del texto que remedaba. Pero la más celebrada de esta colección de odas ha sido la compuesta en loor de Garci-Lasso.

«Si al apacible viento
Eterno huésped de este prado umbrío....»

por más que, á mi juicio, la superen en corrección y gusto la encabezada

«Yo pensé, luces bellas,
Llegar con mi esperanza á vuestra cumbre....»

y aun alguna otra de las anteriormente nombradas.

No sé por qué Villegas, tan entendido en letras clásicas, llamó *Elegías* á las trece composiciones en tercetos que forman el libro 1 de la segunda parte de sus *Eróticas*. Fuera de la 2.^a, 10.^a, 11.^a y 12.^a, las restantes son epístolas y sátiras. Una de ellas,

«Así, Bartolomé, cuando camines...»

es célebre por sus invectivas contra Lope de Vega y Cervantes. Mas no carece de gracia y donosura, ni espasa despreciada su doctrina, ni pequeño su interés como documento crítico.

Curiosas me parecen asimismo las restantes, aunque ninguna pueda presentarse como dechado. Grima da ver á Villegas ensalzar en hinchados y retumbantes metros el absurdo *Faetonte* del conde de Villamediana:

«Ya suenan por acá los estallidos

De tu precipitado carretero

A numerosos versos reducido...

¿Quién, quién de aquesta bóveda vacía,

Que nos sirve de mitra á los mortales,

Hiciera plenitud de melodía?...»

Pero descansa el ánimo de tales desatinos al oír al poeta najerano repetir, con algunas insufribles afectaciones, es verdad, la epístola de Horacio á Lolio sobre Homero, ó narrar discretamente sus amores, ó conversar con su amigo

D. Juan en noche de invierno. Se conservan tres sátiras de Villegas no coleccionadas y bastante mejores que estas epístolas. Dos de ellas se estamparon en el tomo IX del *Parnaso Español*. Se encamina la primera á censurar el estilo culto, y es la otra una defensa del matrimonio, contrapuesta á la sátira de Juvenal contra las mujeres.

En suma: aunque Villegas no debe el alto puesto que en nuestro Parnaso ocupa á sus odas y sátiras, sino á sus cantilenas y anacreónticas, debe figurar honrosamente entre los cultivadores de la lírica horaciana; tiene la gloria de haber perfeccionado la estrofa sáfica, y siguió, aunque con desigual paso, las huellas de los Argensolas en la sátira y en la epístola. Encierran las suyas hartas aberraciones y oscuridades para que sean leídas ni anden en boca de las gentes; pero estúdielas el curioso, y de fijo hallará algo que le aproveche.

No hemos de negar un recuerdo al príncipe de Esquilache, poeta menos genial que Villegas, pero más correcto, y discípulo como él de Bartolomé Leonardo de Argensola. Diez son sus *Cartas* en tercetos. En la primera reproduce, con menos nervio, las diatribas de su maestro contra la vida de la corte. La segunda es *De re literaria* en su primera parte, y de alabanzas de la vida del campo en la última. Tampoco los ar-

gumentos de las demás ofrecen novedad grande ni la ejecución méritos particulares, como no sea una pureza de estilo desusada en su tiempo. Algunas de sus canciones son un tanto horacianas, sobre todo las que empiezan:

«Cloris, alegre el año
Rompíó á sus días la prisión molesta...
Estas flores, Belisa,
Que advierten su peligro á tu hermosura...»

Entrambas pertenecen á la escuela de Francisco de la Torre.

VIII.

También la escuela *libre*, y española por antonomasia, pagó tributo á Horacio en los versos de Lope de Vega. Dejó este portentoso ingenio buen número de epístolas sobre asuntos morales y literarios, un poema didáctico, y algunas composiciones líricas en que se descubre la huella del poeta romano. No ha debido su celebridad á nada de esto; pero aquí es lugar oportuno de inventariar esas joyas perdidas y olvidadas de su tesoro poético. La edición de Sancha contiene más de veinte epístolas dirigidas á varios amigos suyos, cuales fueron Baltasar Elisio de Medinilla, Rioja, Gaspar de Barrionuevo, Juan Pablo Bonet, D. Francisco de la Cueva y Silva, Vander-Hammen, Herrera Maldonado, D. Antonio de Mendoza, el Dr. Matías de Porras, Ar-

guijo, Fr. Plácido de Tosantos, y algunos más. La imitación horaciana no pasa del género, pues en lo demás procede Lope con independencia absoluta. Tienen todas estas composiciones un carácter personal é íntimo, encierran datos preciosos para la vida del autor y la historia literaria de su siglo, aluden siempre á sucesos contemporáneos, y son, por tal concepto, muy importantes. Escritas, en su mayor número, sin afectación y con abandono, dan materia de agradable lectura y motivo á curiosas indagaciones. No es menor su mérito poético; asombra la fluidez y generosa abundancia con que salían de la pluma de Lope los tercetos. Fáltanle la doctrina y el severo magisterio de los Argensolas y de Fernández de Andrada; fáltanle vigor cuando reprende y gravedad cuando aconseja; pero ¿quién le iguala cuando narra ó describe, siguiendo los impulsos de su genialidad y el caprichoso vuelo de su pluma? Apenas hay cosa más tierna en castellano que la epístola en que refiere la profesión religiosa de su hija Marcela:

«Allí postrada en el sagrado suelo,
Sus exequias penúltimas cantaron,
Tan triste al mundo, cuanto alegre al cielo...»

¡Con qué gracia satiriza el culteranismo, siempre que le viene á mano!

«No habéis de decir bien de Garcilasso,
Ni hablar palabra que en romance sea,

Sino latinizando á cada paso....
 Que á fe, doctor, que no estudiéis de balde
 Si encajáis de Marcial la chanzoneta.
 —¿No tenéis á Escaligero? Compralde

.....
 Presumid por momentos de latino,
 Y aunque de Horacio están las obras todas
 Más claras que en seis lenguas Calepino,
 Traduciréis alguna de sus odas;
 Pero advertid que está en romance el triste....
 Decid la propiedad del ametiste,
 Si Plinio traducido os la enseñare....
 Y advertid que el vocablo se entremeta,
 Verbi gratia: *Boato, asunto, activo,*
Recalcitrar, morigerar, seleta,
Terso, cullo, embrión, correlativo,
Recíproco, concreto, abstracto, diablo,
Épico, garipundio y positivo.

Jugaréis por instantes del vocablo,
 Como decir, si se mudó en ausencia:
Ya no es mujer estable, sino establo....»

(Al Dr. Gregorio de Angulo.)

¿Quién no recuerda las amenas narraciones
 biográficas de la égloga *Á Claudio* y de la epí-
 tola *Á Amarilis indiana*¹:

«Tiene su silla en la bordada alfombra
 De Castilla el valor de la Montaña,
 Que el valle de Carriedo España nombra.
 Allí otro tiempo se cifraba España,

¹ Es opinión sin fundamento la que identifica á esta poetisa americana con doña Marta de Nevares y Santoyo, como lo hace el editor de *Los últimos amores de Lope*.

Allí tuve principio; mas ¿qué importa
 Nacer laurel y ser humilde caña?
 Falta dinero allí, la tierra es corta,
 Vino mi padre del solar de Vega:
 Así á los pobres la nobleza exhorta....»

En la epístola á Fr. Plácido de Tosantos razona sobre estética, y trata del modo de escribir la historia. En *El Jardín*, dirigido á Rioja, hace discreta enumeración y elogio en breves frases de muchos escritores sus contemporáneos. Escribiendo al contador Gaspar de Barrionuevo, quájase de sus émulos, y de los malos impresores, que confundían y estragaban sus comedias. Lástima que alguna de estas cartas, como la enderezada al conde de Lemos, sean memoriales poco disfrazados y repugnantes adulaciones. No escribía así Bartolomé Leonardo.

Poco diré del *Arte nuevo de hacer comedias*, curiosa poética en que Lope, con menos decisión que Juan de la Cueva, quiso, no justificar, sino disculpar, de la manera que es sabido, su gloria dramática. Por lo demás, parte, como todos, de la *Poética* de Aristóteles, y admite el principio de la *mimesis*. Con el *naturalismo* justifica la mezcla de lo cómico y lo trágico; pero en lo restante acude á confesiones y arrepentimientos, que sin duda él no tomaba (y hacía muy bien) por lo serio, pues acaba diciendo que *sustenta lo que escribió*,

«Porque á veces lo que es contra lo justo,
 Por la misma razón deleita el gusto.»

Algunos coros de *La Dorotea* son horacianos. El del primer acto está en versos dodecasílabos, que Lope, no sé por qué razón, llama *sáficos adónicos*:

«Amor poderoso en cielo y en tierra,
Dulcísima guerra de nuestros sentidos,
¡Oh cuántos perdidos con vida inquieta
Tu imperio sujeta!
Con vanos deleites y locos empleos,
Ardientes deseos y helados temores,
Alegres dolores y dulces engaños
Usurpas los años....»

En oposición á este *coro de amor*, hay en el segundo acto un *coro de interés*, en versos que el autor apellida *dímetros yámbicos*, y son eptasílabos esdrújulos.

«Amor, tus fuerzas rígidas
Cobardes son y débiles....»

ensayo digno de recordarse, porque continúa la tradición de Jerónimo Bermúdez y Francisco de la Torre.

El *coro de celos* en el tercer acto está, según quiere Lope, en *dícolos distrofos*, ó sean estrofas de dos versos pareados, eptasílabo el primero y endecasílabo el otro.

Con el nombre de *endecasílabos faleucios* bautizó el Fénix de los Ingenios á los versos de su *coro de venganza*:

«¡ Quien ofendido vuelve á verse amado,
Cuán fácilmente lo que quiso olvida,

Fingiendo que ama hasta quedar vengado
Con falso gusto y voluntad fingida!
Tenga quien agravió justos recelos
Y nunca mire el alma por los labios,
Que amistades son dulces sobre celos,
Pero siempre fingidas sobre agravios....»

Estos cuartetos de rima cruzada fueron siempre poco usados por nuestros poetas clásicos.

Las hermosas *barquillas* de Lope no son poesía horaciana, pero el pensamiento alegórico está tomado de la *Nave* de Horacio.

Entre todas las líricas de Lope descuella su canción *Á la libertad*, que tiene el carácter de oda moral, y es, en parte, imitación del *Beatus ille*. Con ella termina el libro 1 de la *Arcadia*. Queda mencionada en otra parte una imitación más directa de esa oda, inserta en los *Pastores de Belén*. No recuerdo ninguna otra pieza suya bastante horaciana, aunque es seguro que hay muchos rasgos esparcidos en la innumerable grey de sus canciones, y en sus sonetos, que se cuentan por centenares.

Lope, como lírico, no fundó escuela ni tuvo discípulos, á despecho de su fecundidad prodigiosa y alto ingenio. Nunca se presentó como innovador en este campo: acataba y seguía la tradición literaria del siglo xvi, é hizo églogas, canciones, elegías, epístolas, sonetos, silvas, en mayor número que todos los poetas de aquella edad juntos. Pero no era esa su principal voca-

ción, y así debió comprenderlo la generación literaria por él educada, puesto que se limitó á hacer comedias y romances, siguiendo sólo en este punto á su admirable modelo. Coincidió con el mayor brillo de la escuela teatral de Lope la aparición del culteranismo de Góngora, que, empezando por convertir el campo de las letras en campo de Agramante, acabó por sobreponearse á todas las escuelas líricas de la Península, matando unas y transformando ó desquiciando otras. Sobre las ruínas de todas se alzó un sistema poético, no absolutamente censurable, pero nada horaciano, que dominó hasta muy entrado el siglo XVIII. Dejemos pasar la invasión de los bárbaros, y digamos cuatro palabras de ciertos espíritus independientes ó rezagados que en el siglo XVII conservaron algo del espíritu ó de la forma de Horacio.

Error fuera contar entre ellos á Quevedo. Aquel gigante espíritu no pertenece á ninguna escuela, forma campo aparte, y si en las ideas tiene algo de todos, porque fué un gran removedor de ideas, en el estilo no se asemeja á nadie. Los ingenios que en algo se le parecen son de temple muy distinto del de Horacio. La moral de sus tratados es rígida é inexorable como la de Séneca ó Epicteto; sus *Sermones estoicos* recuerdan los de Persio; su sátira ardiente, cruda y sin velo, reproduce las tempestades de Ju-

venal; los cuadros picarescos diríanse hijos de la pluma de Petronio; los *Sueños* son fantasías aristofanescas más bien que imitaciones de Luciano. Pero el estilo no es de Séneca, ni de Epicteto, ni de Persio, ni de Juvenal, ni de Aristófanes, ni de Petronio; es un estilo aparte, en que las palabras parece que están animadas y hieren siempre con espada de dos filos; en que las frases saltan, corren, juegan y tropiezan unas en otras, produciendo con su infernal y discordante algarabía, con sus bruscos finales y rápidas caídas, y sus tránsitos continuos de la amargura velada en risa á la risa horriblemente amarga, un efecto singular y extraño, que no se confunde con el producido por ninguna obra de la literatura antigua ni de la moderna. Por lo que ahora importa, diré que en las *sátiras*, *silvas*, *sonetos* y *canciones* esparcidas en las *Musas* de Quevedo, he hallado algunos rasgos de Horacio¹, pero no una composición que remotamente pueda llamarse horaciana, ni aun las que versan sobre asuntos tratados por el Venusino, como las invectivas al oro y á la navegación.

Ocasión he tenido de citar en el curso de esta

¹ V. gr., estos versos del *Sermón Estoico*, recuerdo de otros de la oda *Sic te Diva*:

«De metal fué el primero,
Que al mar hizo guadaña de la muerte:
Con tres cercos de acero
El corazón humano desmentía...»

Memoria alguna de las novelas pastoriles que en nuestra edad de oro se compusieron á imitación de la *Arcadia* de Sanázaro ¹. Una de las últimas obras de este género, y bastante mediana dentro de él, aunque bien escrita, fué *La constante Amarilis*, del doctor Cristóbal Suárez de Figueroa, ingenio docto y agudo, si bien procaz y presuntuoso. Hay en este libro algunos versos de carácter horaciano, sobre todo un lindo soneto *A la medianía*, del cual son estos versos :

«Que nunca teme una fortuna escasa
De ajena vida el ponzoñoso aliento ;
Á la planta mayor persigue el viento ,
Á la torre más alta el rayo abrasa....»

y algunas *canciones*, que por el estilo y la forma de *liras* pertenecen á la escuela salmantina.

Cultivador asiduo de la poesía *moral* fué el doctor Cosme Gómez Tejada de los Reyes, autor de *El león prodigioso* y de los *Amores del entendimiento y de la verdad*, libros bien escritos, aunque insoportable el segundo como alegoría; y autor asimismo de dos poemas en octava rima, titulados, el uno *La nada*, y el otro *El todo*. *La nada*, así como otros versos suyos, se encuentra en la primera parte de *El león prodigioso*, que es una

¹ Leídas por mi otras novelas pastoriles nuestras, especialmente la *Diana*, de Montemayor; *El Pastor de Filida*, de Montalvo; la *Galatea*, de Cervantes; *El siglo de oro*, del Doctor Valbuena, no he encontrado rastros notables de *horacianismo* (si vale la frase) en las poesías allí intercaladas.

serie de apólogos en prosa, enlazados de suerte que forman una especie de novela. Una de esas poesías intercaladas es la canción *En alabanza del retiro de la corte*, imitación del tantas veces reproducido *Beatus ille*. Que esta nueva tentativa no carece de mérito, pruébanlo las estrofas á continuación transcritas :

« En el ameno prado ,
Á sombra de la encina ó piedra yace ,
Á vista del ganado ,
Que entre tomillos ó descansa ó paze ;
Cuyos tiernos balidos
Dulcemente adormecen los sentidos.
En sus nidos las aves
Se hacen simplemente compañía
Con músicas süaves ;
Sólo murmura alguna fuente fría ,
Dando al céfiro quejas ,
Y con susurro blando las abejas. ... »

Cosme Gómez Tejada nunca pagó tributo al culteranismo, por él satirizado en los sonetos *Al suspiro de Crisaura*. Es uno de los últimos discípulos fieles de la escuela de Salamanca, donde recibió las enseñanzas del maestro Baltasar de Céspedes, yerno del Brocense.

Francisco López de Zárate, medianísimo poeta riojano, se enlaza con la escuela aragonesa; es de los sostenedores de la tradición clásica, y alguna vez imita las epístolas morales de los Argensolas en sus tercetos *Á un avaro*, *Á un glotón*, *Á un*

privado. Son secas y frías estas composiciones, pero de doctrina grave y severa, correspondiente al digno carácter moral de Zárate, nunca torcido ni doblado por el trato de la corte :

« Llámase aquel varón prudente y fuerte
Que sigue su fortuna con desprecio,
Pues vivirá más siglos que la muerte.
¿ Qué imperio, qué victoria tuvo precio,
Y cuál se iguala á aquella que se alcanza
De propia estimación con menosprecio? »

Á la misma escuela fría y prosaica que Zárate, pertenecen el conde D. Bernardino de Rebolledo, y el judaizante Antonio Enriquez Gómez, aunque el primero mostró vigor poético en sus traducciones de la Escritura, y el segundo dió ejemplos de rabioso culteranismo en el *Sansón nazareno* y en *La culpa del primer peregrino*. Pero en sus versos morales y didácticos uno y otro andan bastante lejos de la verdadera poesía. En la voluminosa colección poética de Rebolledo hallamos tres largas epístolas en tercetos y una en romance endecasílabo. Todas tienen interés, por referirse á los viajes, legaciones y aventuras de su autor; pero la segunda es curiosísima por ser una especie de *Poema bibliográfico*, en que el señor de Irián da reglas á un amigo suyo sobre el método y elección de las lecturas. No tiene más desdicha que la de estar en verso; imagínese qué bien parecerá en tercetos un catálogo de autores y de

libros en que se apunta hasta el número de los capítulos. Y gracias que se olvidó, porque entonces no se usaba, de contar las páginas, como hacemos los bibliófilos modernos. Tuvo el conde de Rebolledo la manía de ponerlo todo en rima, hasta la genealogía de los reyes de Dinamarca, y las reglas de ataque y fortificación de las plazas. En las otras tres epístolas no desagrada tanto el continuo prosaismo de dicción como la falta casi absoluta de color poético.

Á pesar de las *Selvas Dánicas*, de la *Selva Militar y Política*, y de otros pecados semejantes, el conde de Rebolledo figura honrosamente en nuestro Parnaso por dos conceptos muy distintos: como traductor y parafraste de la poesía hebrea, y como cultivador de la *poesía de sociedad* que dicen los franceses. Algunos de sus madrigales son dechados de primor y delicadeza, y no menos las liras, bastante horacianas, que empiezan:

« Borrará, Lisi mía,
Con invisible fugitiva mano.... »

Agrada encontrar en la decadente lírica del último tercio del siglo xvii vestigios como éstos, del lozano estilo de Francisco de la Torre:

« La púrpura encendida
De tus mejillas en la nieve helada,
Rosa recién nacida,
Rosa ha de ser del viento deshojada.... »

Altos pensamientos morales vierte siempre en

sus canciones, elegías y epístolas el capitán Antonio Enríquez Gómez, portugués, según unos, y segoviano, en concepto de otros. Mas contagiado de la manía del prosaismo, en la cual caían siempre los ingenios de ese tiempo cuando intentaban huir de los desvarios culteranos, pocas veces llega á poner armonía y número en sus versos, plenitud y vida ensus frases. Lo consigue mejor en las *Epístolas de Job*, gracias á las reminiscencias del libro sagrado en que se narran las calamidades del patriarca Idumeo; lógralo también en la *Elegía de su peregrinación*, por el carácter íntimo y personal que supo darla; pero en el resto de las poesías insertas en sus *Academias Morales*, la grandeza y el interés estriban antes en la gravedad y fuerza que por sí traen las verdades éticas, que en el arte del poeta. Las epístolas de Albano y Danteo, *La risa de Demócrito*, *El llanto de Heráclito*, la canción *Á la vanidad del mundo*, se leen con interés por la calidad de los asuntos, que salen de la monotonía petrarquista y de las fábulas á imitación del *Polifemo*, pero en realidad son muy pobres. Cuando toma frases de los libros sapienciales, Antonio Enríquez se levanta un poco, y algo semejante le sucede en dos canciones *Á la vida del campo*, sobre el asendereado tema del *Beatus ille*.

« Fabricio, si la vida
En la santa quietud está cifrada.... »

Humilde albergue mío,
Líquidos arroyuelos.... »

Fué Enríquez Gómez notable satírico, pero su sátira es *española* y no *horaciana*, por cuya razón no nos incumbe examinarla ¹.

Habría podido observarse en esta reseña que el género que mejor y más tiempo resistió al contagio fué la *epístola moral*, ya porque durase el ejemplo y la influencia de los Argensolas, ya porque el triste estado de los negocios públicos y la corrupción y venalidad generales incitasen más á la sátira y á la acerba censura que al elogio ni al canto lírico. Uno de los últimos cultivadores señalados de ese género fué D. Luís de Ulloa y Pereira, célebre, no obstante, más que por sus epístolas, por su poema de *Raquel*. Los tercetos en que celebra Ulloa la vida de la corte son tan jugosos y graves como duros y afeados por el conceptismo. No diré otro tanto de una sabrosa carta en pareados que le dirigió su amigo D. Gabriel del Corral, abad de Toro, refiriéndole las diversiones de aquella ciudad en tiempo de Carnestolendas, y burlándose con agudos chistes de las *Nenias Reales*, de Manuel de Faria.

D. Agustín de Salazar y Torres, lírico notable entre los de segundo orden, se acordó de Horacio

¹ Hay un buen análisis de las poesías de este judaizante en los *Estudios sobre los judíos de España*, de D. José Amador de los Ríos.

y del *Epitalamio* de Catulo en sus *cantos á Cintia*, dispuestos en coros, á la manera del *Carmen Saeculare* y otras odas del lírico romano:

« Ven, ¡ oh Cupido !, y no sañuda fiera
Tire rugiente el carro luminoso....
Ven de purpúreas rosas,
Ven de cándidos lirios coronado;
Depón ya los rigores,
Suspende los ardores
Que la antorcha fulmina poderosa.
Mírese alguna vez tu aljaba ociosa
Y el arco suspendido:
Ven, ¡ oh Cupido, ven; ven, oh Cupido!
Ven, ¡ oh Cupido ! y las azules plumas
Ligero entrega al aire vagaroso;
Asiste, pues, ¡ oh hermoso
Nieta de las espumas !,
Á las glorias de aquella
Más que tu madre bella.
Deja de Chipre el soberano imperio,
Y por los verdes bosques de Pierio
Deja á Pafo y á Gnido:
Ven, ¡ oh Cupido, ven; ven, oh Cupido !....»

El lector me perdonará si no entro en el examen de las poesías de Anastasio Pantaleón de Ribera, de Jerónimo de Cáncer, de la Monja de Méjico, de Bances Candamo y de otros vates de aquella era. Tenga por averiguado que no fué la Musa de Ofanto la inspiradora de tales ingenios.

IX.

Post nubila Phebus: estamos en 1737, fecha para siempre memorable en la historia de nuestra cultura. La escuela aragonesa despierta de su prolijo letargo, y enarbola, como de costumbre, la bandera del *sentido común* en la *Poética* de Luzán. La escuela castellana, que pronto recobrará su antiguo y glorioso nombre de *Salmantina*, funda el *Diario de los literatos*, y da el primer modelo de sátira clásica en el siglo xviii. Y este modelo es horaciano, aunque con circunstancias muy singulares que importa distinguir. La sátira del poeta montañés, catedrático de Jurisprudencia en Salamanca, oculto con el pseudónimo de *Jorge Pitillas*, abunda en reminiscencias de Boileau, tanto como de los satíricos antiguos, y es de los primeros y más señalados ejemplos de la influencia del gusto francés entre nosotros. Este hecho es indudable, y ha sido puesto en claro por el doctísimo académico historiador de nuestra poesía lírica en la centuria pasada. Y á pesar de esto, la obra de Hervás, con carecer de originalidad en los pensamientos y en la doctrina, pasa con razón por una de las sátiras más animadas, valientes y legítimamente castellanas que posee nuestra lengua. Esas reminiscencias se confunden de tal suerte con la manera propia y pecu-

liar del autor, y están remozadas por tal arte, gracias á la indignación verdadera y personal de Pitillas contra los malos escritores de aquella época desdichada; y son tan castizos los giros y tan robustos y bien caldeados los tercetos, que de seguro no hubiera rechazado Bartolomé Leonardo á tal discípulo; quizá se hubiera honrado con sus versos. Las alusiones contemporáneas dan vida y frescura á esta sátira, *horaciana* de segunda mano, si se quiere, pero llena de una *vis* acre y desenfadada, que Boileau no tuvo nunca:

« También yo soy al uso literato,
Y sé decir *rhomboides*, *turbillones*,
Y blasfemar del viejo Peripato.
Bien sabes que imprimí unas conclusiones,
Y en famoso teatro argüí recio,
Fiando mi razón de mis pulmones.
Sabes con cuánto afán busco y aprecio
Un libro de impresión *elzeviriana*,
Y le compro (aunque ayune) á todo precio.
También el árbol quise hacer de Diana,
Mas faltóme la plata del conjuro,
Aunque tenía vaso, nitro y gana.
Voy á la Biblioteca: allí procuro
Pedir libros que tengan mucho tomo,
Con otros chicos de lenguaje oscuro;
Apunto en un papel que pesa el plomo,
Que Dioscórides fué grande herbolario,
Según refiere *Wanderlarck* el Romo,
Y allego de noticias un almarío
Que pudieran muy bien (según su casta)
Aumentar el *Mercurio Literario*.

Hablo francés aquello que me basta
Para que no me entiendan, ni yo entienda,
Y fermentar la castellana pasta.... »

D. Ignacio de Luzán, harto mejor crítico y preceptista que poeta, resucitó, no la oda horaciana, pero sí rasgos sueltos en sus canciones *A la conquista de Orán*. El *qualem ministrum fulminis alitem* fué por él reproducido en la estancia siguiente:

« Como la generosa águila altiva,
Sobre las vagas aves hecha reina,
Y que sirve al Tonante el pronto rayo,
Si de su arrojó en el primer ensayo
Culebra arrebató que escamas peina,
Y erguida la cerviz, su furia aviva,
En vano, ya cautiva
De la garra feroz, silba y forceja, » etc.

En la misma canción se notan otros recuerdos de la oda *A Druso*:

« Nace del fuerte el fuerte, y de la interna
Virtud del padre toma el becerrillo
Que en las dehesas de Jarama pace.... »

Porcel, Torrepalma y D. Juan de Iriarte no cultivaron la poesía horaciana. El lector me perdonará que no le hable de Montiano¹. Para encontrar un lírico *de veras*, es preciso llegar á D. Nicolás Fernández de Moratín. Su ingenio era español por excelencia, pero á ratos acertaba con la poesía clásica: muestras de ello el precioso

¹ Sus traducciones inéditas van en el apéndice de este volumen.

idilio de *La Barquera*, y algún trozo del *Epitalamio*. Distinguió sus poesías líricas en *odas* y *cantiones*, división no justificada, pues entre las primeras hay algunas en estancias largas, como la famosa y rica de estro y valentía, *A Pedro Romero*.

Ésta, y alguna más, son *pindáricas*, al paso que deben calificarse de horacianas la dirigida *Al duque de Medina-Sidonia* y las tres que llevan los títulos de *Vanidad de las riquezas*, *Quietud del ánimo*, *Madrid antigua y moderna*. Esta última parece imitación del *Jam pauca aratro jugera*, y de mediano mérito. La *Quietud del ánimo* repite los pensamientos del *Otium Divos*:

«Procurarás hallar descanso en vano,
Descanso, el bien más grande de esta vida,
Que no basta á comprarle el gran tesoro
Que al persa, al turco, al moro
Rinden el Asia y África oprimida,
Ni el reluciente mármol granadino,
Ni de cedro las vigas olorosas....» etc.

En la estancia siguiente se imita el *Integer vitae*. La *Vanidad de las riquezas* es reproducción del *Nullus argento* con algo del *Intactis opulentior*. Los metros de estas dos composiciones no son horacianos. Por el contrario, el *Madrid antiguo* está en *liras*:

«Por donde con el trillo
Circularon las yuntas de los bueyes
Sobre el haz amarillo,
Van dando al orbe leyes
En carro ebúrneo príncipes y reyes....»

Bastante mejor que esas odas es la dedicada al duque de Medina-Sidonia: en ella renació la estrofa de Francisco de la Torre y de Medrano:

«Vive, señor, de tu consorte hermosa
Idolatrado en los honestos lazos,
Y temple tus afanes amorosa
Con sus dulces abrazos.»

Se me olvidaba hacer mérito de otros dos ensayos horacianos de Moratín. El uno no tiene significación ni importancia: es una felicitación de días. El otro es una oda *sobre la inmortalidad que el ingenio da á la hermosura*, curiosa únicamente por terminar en eptasílabos sus estrofas, al modo de Francisco de Medrano. Del sáfico sólo hizo uso Moratín en una traducción oportunamente mencionada.

Dejó D. Nicolás tres sátiras medianas y llenas de imitaciones de Rey de Artieda, los Argenso-las y Jorge Pitillas. La mejor es la tercera. En la segunda apenas hizo otra cosa que repetir en tercetos las invectivas que contra la antigua escena había acumulado en sus *Desengaños al teatro español*.

No sé con qué fundamento se acusa á nuestros poetas del siglo pasado de ciegos adoradores del gusto francés: fueronlo á veces en el teatro, pero casi nunca en la poesía lírica, de la cual tenían entonces hartó poco que imitar en Francia. Hasta ingenios educados allí y admiradores de

aquella cultura se olvidaban de sus aficiones al escribir versos líricos, procurando acercarse más bien á los modelos de nuestro siglo de oro. Tal hizo el coronel D. José Cadahalso, digno de memoria aquí por sus odas horacianas *Al Amor* y *Á Venus*, insignificantes, en verdad, pero curiosas por la modificación que en ellas experimentó la estrofa sáfico-adónica, haciéndose *leonina*, con alguna mengua de su carácter griego:

«Madre divina del alado niño,
Oye mis ruegos, que jamás oíste
Otra tan triste lastimosa pena
 Como la mía.
Baje tu carro desde el alto Olimpo
Entre las nubes del sereno cielo:
Rápido vuelo traiga tu querida
 Blanca paloma....»

Otros sáficos escribió Cadahalso *Á la nave en que se embarcó su amigo Ortelio para Inglaterra*, imitando en partes el *Sic te Diva*. Entre los versos de este mediano poeta hay otra composición semi-horaciana en loor de Meléndez, señalada, más que por el artificio poético, por la simpática efusión de ternura:

«Y yo siendo testigo
De tu fortuna, que tendré por mía,
Diré: yo fui su amigo,
Y por tal me tenía,
Y en dulcísimos versos lo decía....»

Á Cadahalso se debe una combinación más en nuestra métrica:

«Con dulce copa, al parecer sagrada,
Al hombre brindas, de artificio lleno;
Bebí; quemóse con su ardor mi seno,
Con sed insana la dejé apurada,
 Y vi que era veneno....»

Al grupo literario de *La tertulia de la fonda de San Sebastián* pertenecía, como Cadahalso y Moratín el padre, D. Tomás de Iriarte; aunque falto este docto literato de genialidad lírica, formó escuela aparte, y con demasiados discípulos, como fautor del prosaísmo. Pero aquí merece elogios por las once ingeniosas epístolas sobre asuntos literarios, insertas en el segundo volumen de sus obras. Ridículo sería pedir en ensayos de ese género grandes bríos poéticos ni riqueza notable de estilo; pero si fuera de desear lo que nunca falta en los grandes maestros del género, lo que tienen de sobra Horacio y los Argensolas: color, nervio y poesía de dicción. Las *epístolas* de Iriarte son *sermones*, á imitación del Venusino; pero aunque éste llamó á sus sátiras *Sermoni communi propria*, hablaba sólo con relación al tono lírico y épico, mas nunca en absoluto. Jamás deja de ser poética ni acendrada la frase horaciana, y mal pueden confundirse con la prosa los exámetros del *Cum tot sustineas* ó del *Nil mirari*, aunque tampoco se parezcan

á los de la *Eneida*. Pero aparte de este defecto, que en Iriarte lo era de gusto y trascendió á todas sus obras; aparte de la frialdad natural del escritor, que nunca le deja enternecer ni enojarse mucho, esas epístolas, especialmente as cuatro primeras y la séptima, son sus mejores títulos de nobleza literaria, después de las *Fábulas* y de la comedia de *El señorito mimado*. Tres de ellas están dedicadas á Cadahalso, y censuran, no con la vigorosa indignación de Jorge Pitillas, sino con ligera sonrisa, las extravagancias y pecados literarios de aquella era. El galicismo era uno de los más graves:

«Y el otro, que pretende
Ganar la palma de escritor, emprende,
Salga melón ó salga calabaza,
Cualquier libro francés, y le disfrazo,
Á costa de poquisimo trabajo,
En idioma genízaro y mestizo,
Diciendo á cada voz: yo te bautizo
Con el agua del Sena,
Por más que hayas nacido junto al Tajo,
Y rabie Garcilasso enhorabuena,
Que si él hablaba lengua castellana,
Yo hablo la lengua que me da la gana.»

Este es el tono general de las epístolas de Iriarte: prosa discreta, pero falta de vida y de número.

La mediocridad del poeta aparece más evidente cuando intenta describir, como en las epístolas 5.^a y 7.^a Sus descripciones se convier-

ten en inventarios. Pero aun en estos casos agrada é interesa. Su predilección por Horacio se manifiesta bien en un romance.

Antes de entrar en el estudio de la escuela salmantina, conviene agrupar ciertos poetas de mediana importancia que fuera de ella florecieron. Sea el primero el autor insigne de la *Raquel*, que, á pesar de sus lauros dramáticos, nunca marchitos, rara vez pasó de mediano en los versos líricos. No conozco más poesía horaciana suya que la paráfrasis, en su lugar citada, del *Otium Divos*.

Al lado de Huerta debe figurar, por lo español y por lo desmandado, el bizarro cantor de *Las naves de Cortés* y de *La toma de Granada*, D. José María Vaca de Guzmán, de quien hay una oda sáfica *Á la muerte del coronel Cadabalso*, tejida de imitaciones varias de poetas latinos. El autor dice que *lleva la novedad del adorno de la asonancia*, la cual, aplicada á un metro clásico, no es, en verdad, ningún progreso, pues le hace perder algo de su nativa pureza. Así principia la oda de nuestro magistrado:

«Vuela al ocaso, busca otro hemisferio,
Baje tu llama al piélago salobre,
Délfico numen, y á tu luz suceda
Pálida noche....¹»

¹ Esta oda aparece incluida por error en la primera edición de las *Poesías de Fr. Diego González* (1798).